

negros y ardientes ojos denunciaban los excesos y orgías á que se entregaba y que le valieron una fuerte gota, que no le dejaba andar sin muleta. Del amor á los placeres le vino la sed de dinero. Tenía fama de allanarse á todo por el oro, de no prestar servicio que no le fuese bien pagado, y de estar mediante remuneración á merced de todos los partidos. ¿Cómo un hombre así vino á ser revolucionario? Por eso mismo precisamente. Al vencer los patriotas en mil setecientos noventa, se apresuró á incorporárseles y les prestó grandes servicios con su vigorosa lógica, que no retrocedía ante ninguna consecuencia siempre que fuese compatible con su interés, y con su habilidad en el despacho de los negocios y en el manejo de las intrigas de partido. Cuando la catástrofe del noventa y dos, de buena gana se habría pasado al partido victorioso, si éste le hubiera garantido la vice-cancillería de la corona; pero como los rusos le despreciaran, y los targovitsienses desdeñaran sus servicios, y viera su empleo de canciller pasar á otras manos, se fué á Dresde respirando odio y venganza. Tales eran los patriotas que Cosciusco enviaba para dirigir la revolución de Varsovia. La primera medida de Potocki fué crear un Consejo superior, en sustitución del gobierno provisional, en el que entraron, además de él y Collontai, el expresidente Zakrewski y otros cinco magnates; luego, reemplazó al comandante de la ciudad, Mokranowski, que pasaba por instrumento del rey Estanislao, con el general Orlowski, patriota entusiasta. Estas disposiciones causaron hondos disgustos, ya en los partidarios del rey, á los que se juntaron muchos nobles; ya en los proletarios y burgueses de la capital, que veían excluidos del gobierno á los verdaderos representantes de la causa popular, tales como Capustas y Kilinski. Alentados por los rusófilos, los ciudadanos enviaron una diputación á Cosciusco para exponerle los agravios y pedirle satisfacción, y el general salió del paso nombrando suplentes del Consejo á una porción de candidatos populares, quedando por de pronto calmado el descontento.

El tres de Junio, llegó, por fin, el rey de Prusia al cuartel general de Favrat, en la provincia de Cracovia, acompañado de Manstein, Lucchesini y el príncipe de Nassau-Siegen, que Catalina enviara en calidad de representante militar, para sondear las intenciones de su aliado y fijar el plan de campaña. El cinco, Denisow avisó que los polacos habían rechazado sus avanzadas, é inmediatamente el rey movió su ejército hacia las posiciones rusas, que alcanzó de noche, en Pilica, á dos leguas del enemigo, el cual no era otro que los propios Cosciusco y Grochowski, quienes en vez de ocupar un largo desfiladero pantanoso que tenían delante, desplegaron sus fuerzas en la llanura, una legua atrás. No se comprende cómo jefes tan expertos cometieron error semejante, siendo así que todas las ventajas del terreno y todos los recursos del ingenio habían de ser pocos para el ejército que mandaban, de unos diez y siete mil hombres, la mitad campesinos, recién alistados y sin más armas que hoces. La fuerza sola de los prusianos importaba otro tanto, y pasaba de ocho mil hombres el contingente ruso. En la mañana del seis, rusos y prusianos

pasan el desfiladero y se despliegan en orden de batalla, formando los primeros el ala izquierda, los segundos el ala derecha, con la infantería en el centro y repartida la caballería entre las dos alas y la reserva. Al primer ataque de los cosacos, los caballeros polacos toman las de villadiego, como en Reclavice, deserción que fué compensada por la desleal conducta de la infantería rusa, que se detuvo á gran distancia del enemigo. Los prusianos, en cambio, avanzan con ímpetu, echan á los polacos de varias aldeas y llegan á punto de cercar su ala izquierda y aplastarla. Pero como la parada de los rusos dejase indefensa su propia ala izquierda, Cosciusco arremete vigorosamente contra ella, para partir por milad la línea enemiga. Ya varios batallones prusianos comenzaban á ceder, cuando el falso rumor de que Cosciusco había perecido sembró la confusión entre los suyos, y como en estos momentos los caballeros rusos y prusianos corriesen al socorro del centro, Cosciusco lleva sus tropas regulares detrás de la aldea de Rawka, dejando á los portadores de hoces, que formaban su segunda línea, sostener solos el choque de la caballería aliada. Se presencié entonces una escena heroica. Aquellos labriegos tan miserablemente armados formaron como una muralla impenetrable, en la que se estrellaron los reiterados ataques de la caballería, que rechazaban á los gritos de: «¡Viva Tadeo, nuestro padre!» Pero llegó al cabo la infantería rusa, y entonces Cosciusco, viendo los dragones enemigos á su espalda, dió orden de batirse en retirada, é instantáneamente se dispó el valor de los hoceros que acababan de mostrar tan gran desprecio de la muerte, huyendo todo el ejército á la desbandada. Imposible le era á Cosciusco cerrar á los vencedores los caminos de Cracovia y Varsovia, y por mucho que le doliese, no vaciló en abandonarles la primera de estas ciudades, á trueque de conservar las comunicaciones con la segunda. El quince de Junio, la antigua ciudad de los sármatas pasó á poder de los prusianos.

A nadie podía ocultársele que una persecución énergica, después de la batalla de Rawka, habría consumado la destrucción del ejército polaco, y que pocas semanas hubiesen bastado para señorearse el rey de Prusia de la capital desgarrada y consternada. Esto no obstante, los prusianos se estuvieron tres días parados en Rawka, y luego avanzaron en pequeñas jornadas hasta Michalow, donde permanecieron nada menos que quince días en completa quietud, dejando á Cosciusco tiempo de reunir sus tropas y reanimarlas. ¿Qué circunstancias motivaron estas lentitudes? Sin duda, aunque en pequeña parte, la noticia de que el emperador Francisco abandonaba el ejército de Bélgica, á lo que se seguiría su intervención en Polonia y San Petersburgo; pero, principalmente, los repetidos actos de deslealtad por parte de Rusia, cuyos generales, en vez de ayudar á sus aliados, les suscitaban á cada paso dificultades, de donde surgió, en el estado mayor prusiano, el pensamiento de que no debía su rey seguir sacrificándose mientras Rusia no le asegurase de antemano el precio de sus esfuerzos. Por estas causas, hasta el veintitrés

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
ENFERMERIA DE LA VILLA DE MADRID

de Junio no se puso en marcha el ejército vencedor, y aun entonces, á lentas jornadas, retrocediendo Cosciusco al paso que aquel avanzaba, sin oponerle formal resistencia, en dirección á Varsovia, cuya situación empeoraba de día en día, especialmente desde la derrota de Rawka. La fracción democrática no cesaba de pedir que se hiciese ejemplar escarmiento en los amigos de los rusos, y sus jefes declaraban que, así que el enemigo pareciese, el pueblo degollaría á todos los prisioneros. Y poco faltó para que se cumpliera literalmente tan terrible amenaza. El veintitres de Junio, el mismo día en que los prusianos emprendieron su movimiento de avance, furiosa muchedumbre se apiña en la puerta de la cárcel que encerraba los nobles partidarios de los rusos, pidiendo á gritos su condenación en el acto, y como el tribunal declarase que no podía dictar aún sentencia, invade el edificio, mata á un guardia que se le pone por delante, saca y lleva al lugar de los suplicios á siete prisioneros, entre ellos el obispo Messalski, el príncipe Czetwertinski y dos chambelanes del rey, y á los siete cuelga después de haberlos brutalmente maltratado. A la cárcel vuelve corriendo el populacho en busca de nuevas víctimas, sin que se lograra calmarse hasta que el tribunal prometió dictar al día siguiente la condenación de los restantes presos. Al enterarse de estas atrocidades, Cosciusco mandó que se castigase severamente á los autores, y esto solo bastó para que las masas populares pasasen de la efervescencia y la ira á la tristeza y abatimiento. ¡Tan respetado era el nombre del gran patriota!

Perseguido siempre de cerca por los prusianos, la tarde del nueve de Junio entró Cosciusco en Varsovia, y su aparición tan deseada produjo una nueva explosión de entusiasmo guerrero, tomando las armas quince mil hombres para defender la ciudad. Contaba ésta con fuerzas superiores á las del enemigo: diez y siete mil hombres de tropas de línea, quince mil labriegos y cuatrocientos cincuenta cañones. Pero las fuerzas morales no estaban en consonancia con las materiales. Desde el degüello de los prisioneros, Cosciusco pasó á ser aliado del partido real, lo que fué una desgracia, porque los llamados realistas eran, sino amigos de los rusos, adversarios, cuando menos, de la insurrección. Esta actitud de Cosciusco irritaba cada día más al partido democrático, y la creciente hostilidad de éste empujaba más y más á Cosciusco hacia los amigos del rey. La escisión trascendió á los oficiales del ejército. Los mismos que de noche trabajaban juntos en las trincheras contra los prusianos, se acusaban de día de querer perder al país. Los unos calificaban la insurrección de empresa insensata; los otros deploraban que la manifestación de semejantes opiniones no se ahogase en sangre. Colocado entre estos dos partidos, Cosciusco, sospechoso á los realistas, por instigador de la guerra, y á los demócratas, por representante del sistema de blandura, pero atacado principalmente por estos últimos, se acercaba cada vez más, muy á pesar suyo, á los primeros, confiriendo los empleos más importantes á los moderados, á los partidarios del rey, á los amigos secretos de los rusos.

Cuando fué menester enviar un general experto á Lithuania, contra la que los rusos lanzaban en todas direcciones masas considerables, Cosciusco fué á buscarlo por dos veces en el partido moderado. Estas divisiones condenaban la causa polaca á la impotencia y la conducían al abismo.

No corrían mejores vientos en el campamento de los aliados, quienes, habiendo llegado delante de Varsovia el trece de Julio, la cercaron, estableciéndose los rusos al Sur y dilatándose los prusianos en vasta curva alrededor de la ciudad, con ánimo de tomarla por el Norte, donde las fortificaciones polacas eran más deficientes. Ya Federico Guillermo II se disponía á dar la orden de ataque, cuando se le presentó el príncipe de Nassau, con poderes de la Czarina, á celebrar una conferencia secreta, y acabada ésta, se vió, con general asombro, que, en vez de darse el asalto, se mandó á las tropas construir un campamento, en donde éstas pasaron quince días en completa huelga. ¿Qué había motivado resolución tan grave? Las egoístas miras de Rusia, que recelosa por los triunfos de Prusia, prefirió, antes que ver á ésta señora de Varsovia, dejar tranquilos á los polacos todo el tiempo que fuese menester, hasta que sus ejércitos se hallasen en situación de acabar con la guerra. Estas fuerzas estaban ya en camino. Acabamos de ver que numerosos cuerpos rodeaban la Lithuania, y masas no menos considerables marchaban contra Polonia. El veintiséis de Junio, la Puerta Otomana había declarado al enviado ruso que, deseando vivir en paz con Rusia, renunciaba á sus exigencias acerca de las tarifas aduaneras, y en vista de esta declaración, se ordenó al general Suwarow que, con todas las fuerzas de su mando destinadas á vigilar la frontera turca y que ya no tenían objeto, formase en Podolia un ejército para la guerra con Polonia. Ni al menos avisado podía ocultársele el partido que á Prusia convenía tomar. Precisamente, cuanto más hostiles se le mostrasen sus aliados, tanto más activa y enérgicamente debía seguir la campaña, atacando y tomando á Varsovia sin perder instante, única manera de poder imponerles luego su voluntad. Y esto era lo que aconsejaba con empeño Lucchesini. Pero el general Bischoffswerder enterneció el corazón del rey, blando de suyo, pintándole los horrores de un asalto, y se decidió continuar el sitio lento y perezosamente. Una nueva contrariedad acabó de conturbar el apocado ánimo de Federico Guillermo II, el levantamiento de facciones en el territorio que había adquirido en el último reparto, donde bandos de ochenta á cien hombres recorrían los poblados, saqueaban las cajas públicas, dispersaban los pequeños destacamentos y se guarecían en los bosques cuando les perseguían grandes columnas, lo que suministró nuevo argumento á Bischoffswerder para aconsejar que Prusia debía reservar sus fuerzas para los peligros del porvenir. Dada esta disposición de los ánimos, en el rey y en la corte, estaba visto que el más leve tropiezo bastaría para que se adoptase una resolución radical. El primero de Septiembre, determinó el rey dar un asalto general, y en este mismo instante recibió de Viena un despacho, en el que Lucchesini le anunciaba que el Aus-

tria se declaraba en la imposibilidad de enviar tropas á Varsovia, y esto fué lo que, junto á nuevos actos de hostilidad por parte del gabinete ruso, colmó la medida de la real paciencia, tomando Federico Guillermo, que si bravo y belicoso, carecía de la firmeza y perseverancia, que requiere toda empresa, la grave y desgraciada resolución de levantar el sitio, llevar las tropas á la parte meridional de su reino y no intentar nuevos ataques hasta que la situación militar de Prusia, en relación con las otras potencias, estuviese bien asegurada y definida. El seis, por la mañana, se emprendió la retirada, caminando sombríos é irritados los regimientos, y más disgustados que todos el rey, que entregó el mando en jefe al general Schwerin, y regresó á toda prisa á Berlín, enfermo de despecho.

La partida de los prusianos devolvió á los habitantes de Varsovia la tranquilidad y la alegría; más ¡ah! que era demasiado grande su dicha para que pudiese durar mucho tiempo. El peligro de que acababan de librarse era insignificante comparado con el que les amenazaba por el lado del Oriente. El catorce de Agosto, el general ruso Suwarow había salido de Niemerow, en Podolia, á la cabeza de ocho mil hombres. Este militar extraordinario, que acababa de asombrar al mundo con sus victorias sobre los turcos y que, veinte años antes, había esparcido en Polonia el terror de su nombre, nacido el mil setecientos veintinueve, contaba á la sazón sesenta y seis años. Su padre, respetable senador, tuvo empeño en que siguiese la carrera de la magistratura, y por esto no le hizo inscribir al nacer en las listas de un regimiento de guardias para ingresar á los diez y seis años en el servicio, como se hacía entonces con todos los jóvenes de familias nobles. Pero el padre se equivocó. Desde la edad de doce años, reveló el muchacho afición tan decidida á las armas y gérmenes tan vigorosos de aptitudes militares, que su padre le abandonó á su voluntad, no sin honda pena. Privado de todo linaje de protección, Suwarow fué subiendo lentamente de soldado á caporal, de caporal á sargento mayor, y por último, después de catorce penosos años de servicio, á lugarteniente, grado que colmaba todas sus ilusiones. Durante este largo período de prueba, fué cuando contrajo las costumbres de soldado raso, cuando se habituó á dormir sobre paja, levantarse á las cuatro de la mañana, desayunarse á las nueve, con rara frugalidad, y dormir cuando podía. De igual suerte que sus camaradas, besaba devotamente en sus oraciones la imagen del santo al que se encomendaba, pronunciaba el nombre del emperador con piadoso respeto, y empleaba en sus discursos el tono grave y chancero á la vez, propio de las gentes de guerra. Al mismo tiempo estudiaba sin cesar y con aplicación creciente la historia de los grandes hombres que más tarde habian de servirle de modelo, las empresas de los generales romanos, las campañas de Montecúculi, las aventuras de Carlos XII, y se esforzaba en imitar al general austriaco en su paciente é inagotable prudencia, pero adoptando por norma principal de conducta la máxima del rey de Suecia: «Dejad que disparen los cobardes, y arrojaos sobre el cuerpo del enemigo». Siempre se mantuvo fiel á esta regla, lo mismo cuando se

mostró partidario astuto y audaz en la guerra de siete años, que cuando se le confirió la dirección de la campaña contra los turcos, en la que jamás se le vió parecer sin atacar y combatir, y jamás combatió sin vencer y aniquilar al adversario. Sus soldados le adoraban, á pesar de que les imponía marchas de siete leguas, que hacía correr su sangre á torrentes, cuando los planes lo exigían, y que castigaba á los perezosos y distraídos á puntazo limpio y á puntapiés; pero sabían que les guiaba con seguridad á la victoria y al botín, que participaba con ellos de todas las fatigas y peligros. Satisfaciales, además, el que cada uno estaba en relaciones personales con su general, que vivía en medio de ellos, se desvelaba por su alimento y su vestido, elogiaba y recompensaba á los bravos y alentaba el valor de todos con su alegría y jocosos chistes. Para si mismo, de nada necesitaba y nada pedía. Si aceptó con gratitud las insignias y las espadas de honor que le otorgó la Czarina después de sus primeras victorias, rehusó los donativos de tierras y de dinero, hasta que tuvo hijos en quienes pudieran recaer las munificencias de su soberana. Tal era el hombre encargado de aniquilar á Polonia. A la par bueno é implacable, instruido y grosero, no conocía la fatiga y estaba siempre dispuesto á perseguir al enemigo hasta en sus últimas trincheras. «Nada de largas maniobras, nada de fuego inútil, siempre el arma blanca; avanzar, avanzar sin cesar, derribarlo todo, aplastarlo todo:» tal era su máxima ahora, como lo fué cinco años más tarde en la gran lucha que sostuvo contra Francia.

Ochenta leguas en tres semanas anduvo con los ocho mil hombres que sacara de Niemerow, y á los que se juntaron en el camino dos destacamentos de cuatro mil cada uno. A mediados de Septiembre llegó á Bresc, no lejos del general polaco Sieracowski. Prisioneros hechos por los exploradores le informaron de que el polaco había establecido un campamento fortificado cerca de Krupcice, detrás de vastos é infranqueables pantanos. Sin pararse en obstáculos, Suwarow ordena el ataque la mañana del diez y siete de Septiembre. Después de vivo cañoneo, la infantería rusa, dividiéndose en dos columnas, emprende el paso del pantano, viéndose á los soldados bregar trabajosamente en medio del fango, bajo una lluvia de balas, pero avanzado siempre, hasta ganar la otra orilla, desde donde, reorganizándose á toda prisa, arremeten á la bayoneta sin disparar un solo tiro. La lucha fué encarnizada, dudoso el resultado duante algún tiempo; pero la práctica y disciplina de los rusos triunfaron, al cabo, de la inexperta bravura de los polacos, de quienes dice un testigo ruso que se batieron «brava, heroica y desesperadamente.» Sierakowski formó su ejército en cuadro, en cuyos flancos colocó la caballería, y en esta disposición emprendió la retirada, con orden y combatiendo siempre, hasta el anochecer, en que Suwarow dejó de perseguirle. Extenuados y con el ánimo quebrantado, regresaron los polacos á Bresc, sobre el ancho Bug, donde Sierakowski esperaba descansar unos días. No conocía bien á su enemigo. La noche misma que siguió al combate, Suwarow anduvo